

PRIMER PUESTO

Letargo

La imposibilidad de distinguir el sueño de la vigilia

Carlos Andrés Alberto Suárez
Licenciatura en Filosofía
Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y Educación
carlos.alberto@uniagustiniana.edu.co



“Soñar no cuesta nada” y esto sonaba a verdad hasta que tuve mi primer contacto con este relato, a manera de diario, de puño y letra del taciturno Securías. No se puede negar que las cosas empezaron a ir mal cuando el joven Securías se dio cuenta de lo desastroso que resulta el no poder distinguir el sueño de la vigilia, y que siguieron empeorando y tuvieron fin cuando, en uno de sus sueños, la muerte le propicio su revés. Y no hay por qué negarlo cuando se conocen las causas que dieron origen a semejante parafernalia. Ahora, claro está, ustedes preguntarán si el motivo por el cual las cosas le fueran mal fue el haber descubierto semejante perogrullada. ¡No lo sé...!

Bogotá, marzo 21 de 1987

¡Maldita sea, se me ha hecho tarde! Reflexioné esta mañana cuando vi que el reloj marcaba las nueve y cinco. Este día, por el hecho de haber empezado tarde, se fue en pérdidas. No desayuné, el jefe me recriminó hasta la víspera mi falta de responsabilidad y traición a su confianza, eso sí, pasándome por escrito el memorando correspondiente. La verdad es que en este momento, me siento muy agotado. Llegando a mi casa sentí que las piernas se me entumecían produciéndome un cosquilleo espantoso, impidiéndome dar paso. Cinco minutos duró el trance, después de los cuales me senté en la calzada, presa de una impotencia y tristeza lamentables; las lágrimas me socorrieron a manera de expiación. Describir ese acontecimiento me resulta penoso. Solo deseo, en este instante, levantar las sábanas y olvidarme de este mundo; pero haré un último esfuerzo para escribir que... ¡bah! estoy muy cansado.

Bogotá, abril 7

¡Uy juep...! ¡Me cogió el sueño! ¡Esta si no me la rebaja ese tirano!, me dije cuando el reloj marcaba las nueve y media. Efectivamente, cuando entré a la oficina estaba él con un memorando en la mano;

extendiéndome la pluma me la entregó y se retiró sin siquiera tener la delicadeza de saludar. ¡Uff! estuvo cerca, pensé con alivio, un memorando más y hasta nunca. No tuve sosiego en esta jornada; todos los documentos, despachos, inventarios, se acumularon, formando una gran pila la mar de chistosa, pues nadie disimulaba su risita al verla tapándome el mentón. La verdad no sé por qué sigo trabajando en esa mazmorra de esclavos con gente del común; cuanto más pienso en esto, más me hierve la sangre. Por ejemplo, todos entramos a las ocho, en esos primeros minutos todos toman el café se saludan de lo más amable, aparentando, en el momento oportuno, ser los más responsables, todo son risitas, galanteos y uno que otro coqueteo, y en el momento menos pensado, ¡toma!, por la del descuido: empiezan a salir los defectos, el chisme, la crítica y todas las demás bajezas de las que somos capaces cuando el otro da la espalda. Hasta son conscientes y aceptan su doble moral e hipocresía con aire digno, “a ese lo detesto, no lo soporto, pero me toca hacerle risitas”. Todo y todos son una inmundicia, no desperdician la ocasión para alardear ante los menos, lo “magníficos” y “felices” que son, nombran la marca, los sitios que frecuentan, el valor, todo lo que hacen y poseen; lo que no tienen, lo inventan. En plata blanca, y sin temor a equivocación, dos patrones o imperativos categóricos gobiernan sus vidas: marca y precio. Ya ni siquiera la belleza cuenta, pues se puede mandar fabricar y, si se participa de la fealdad, unos buenos pesos lo solucionan. El honor se compra y la dignidad se ultraja por moneda contante y sonante. Esto no es nuevo pero, en nuestros días, el descalabro ético y moral no conoce todavía fondo. ¡Qué cantidad de pendejadas estoy diciendo! Sin embargo, podría compartir el pensamiento de que lo malo de la burguesía es no pertenecer a ella. En fin, el escepticismo me embarga, no quiero seguir escribiendo.

Es bueno contar que el humilde Securías ocupaba el cargo de archivero en una prestigiosa aseguradora; su sueldo era miserable, si pagaba el arriendo con los servicios vitales, se veía en la penosa situación de aguantar hambre los últimos días antes de recibir la otra mensualidad. En esos días, se ponía colérico consigo mismo y su cuerpo se hacía habitáculo de la debilidad, la desesperanza y la tristeza. Vivía en un apartamento en la periferia de la ciudad, el cual constaba de dos cuartos y un baño. No tenía cocina. En el primer cuarto tenía una cama con espuma blanda y almohada de plumas de ganso. Securías pensaba que la mitad de la vida uno se la pasaba durmiendo y ese fue el pensamiento que le impulsó a sacrificarse para tal inversión. El otro cuarto lo ocupaba un mueble agorgojado con treinta y dos volúmenes de literatura y filosofía, sin discriminación y clasificación alguna. Al lado de *La fenomenología del espíritu* de Hegel se encontraba la *Metafísica tres por cuatro* de Coni Méndez; más a la derecha, reposaban libros de superación personal y el infaltable opúsculo de Walter Mercado, Tenía excelentes ediciones de clásicos literarios como Virgilio, Poe, Esquilo, Stendhal, Shakespeare, Goethe, Borges, Gógol, Dostoievski, Víctor Hugo, entre los cuales, se podían encontrar títulos de Cohello, Burroughs, Regina Once, Jattin. No se pudo determinar con precisión si en verdad llegó a ser un hombre culto o un lector solapado, es decir, que solo lee solapas. Empero, se tenía él en alta estima al juzgar por sus escritos. No cabe duda de que, si los había leído a todos, estos últimos fueron los que hicieron más mella en su pensamiento. Aunque no tenía medios para garantizarse una buena vestimenta, no se podía afirmar que su aspecto fuera desagradable, siempre se le vio aparentemente limpio con busitos cuello de tortuga y sastres de corte elegante, pero anticuados, a lo poeta francés pobre. Sus compras las llevaba a término en las compraventas de ropa usada de Chapinero. Eso sí, amante sincero de los tonos oscuros y fúnebres. Nunca se supo nada de su familia y

nadie se preocupó por averiguarlo. Siempre se mostró melancólico y lacónico.

Bogotá 21 de abril

¡Oh, dios mío! ¡No lo puedo creer, ese asno me va a matar! ¡Tres veces tarde en un mes! pensé esta mañana cuando el aparato que el diablo usa para atormentar a sus pobres teguas marcaba las diez en punto. ¡No lo escuché! No alcancé a bañarme, me vestí con velocidad y salí de la casa con la cabeza llena de tormento. Al llegar a mi puesto de trabajo no encontré a nadie, todo estaba en calma, me asusté un poco, pero sentí alivio. Me puse a transcribir unos papeles, organizar unas órdenes, intentando que el garfio no se diera cuenta de mi ausencia. No llevaba media hora, cuando el vigilante subió a la oficina, que queda en el cuarto piso, y me dijo que tenía prohibido rotundamente dejarme más tiempo en la oficina. Le pregunte por qué y me respondió en tono socarrón, “hoy es sábado, no está bien regalarse de esa manera”. No sabía qué hacer, me ruboricé, tomé mi abrigo y me dirigí perplejo a la puerta sin responder nada. No sé qué pensar, la verdad es que sentí y sigo sintiendo miedo. Últimamente, el sueño está ejerciendo un fuerte dominio sobre mi cuerpo, me siento muy agotado, solo deseo dormir. Decir que me disgusta sería una falacia, siento mucho placer porque no tengo que ocuparme de “pensar en nada”. Mi mente me fabrica los episodios que deseo.

Abril 23

Hoy he comprado una joya: *El libro de los sueños*. ¡Este es el libro! Lo he empezado a leer y trae bien definidas, y con acierto, las imágenes que uno tiene y sus connotaciones en la realidad. Me resulta extraño que una pieza semejante no haya sido tomada antes por un filósofo de prestigio como Descartes; le hubiera resultado de

gran utilidad en sus meditaciones. El mar de ganas que tengo por acostarme y constatar las hipótesis que se refieren en este librazo.

Mayo 1

¡No! ¡No! ¡No! ¡Esto no me puede estar pasando a mí! ¿Cómo así que son las once de la mañana? A las once y cinco salí de mi casa y empecé a correr como loco, la angustia que sentía mi alma es indescriptible. De camino al trabajo todo se arremolinaba en mis somnolientos sesos, sudaba, jadeaba, imaginaba al jefe gritando y echándome de su oficina, mis compañeros riéndose y cuchicheando en voz baja, como acostumbran hacerlo con los caídos en desgracia. Cuando por fin llegué, mi traje estaba empapado de sudor, estaba despeinado, sentí el fuerte olor de la transpiración, se me olvidó aplicarme desodorante, rompí en pánico. El ogro estaba enrollado en mi escritorio, me miró de arriba a abajo con desprecio, asco, y lástima. Se frotó la nariz acompañándose de una tosecita carrasposa. Enrojecí, deseé con todo ahínco estar en mi cama y escuchar el despertador... y, ¡Oh, gloria órfica! Escuché un timbre, recordé que así suena el timbre de mi casa. ¡Desperté! Abrí la puerta y encontré al mensajero de la compañía —eran las doce del día—. Me miró asombrado y dijo “Señor Securias, hace día y medio no va usted a trabajar, le mandan decir que si tiene la amabilidad de avisar”. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. En mi memoria tenía registrados todos los acontecimientos de mi rutina diaria, las horas en que me había levantado, los oficios que “ordené” y hasta de lo que me había alimentado. No le contesté nada y el mensajero se quedó mirándome un buen rato; al ver mi semblante y mi estado de turbación, se retiró sin agregar nada más.

Mayo 2

Sigo de milagro en el trabajo. La excusa me salió linda, auxiliada por el relato del mensajero. Este le refirió al jefe que el estado en

que estaba era lamentable: “pálido cual blanca azucena”, síntoma patente de mi enfermedad. El jefe, en tono paterno e inusual, me preguntó por mi enfermedad; le respondí con lastimera actitud: “sufro de constantes ataques de migraña que degeneran en duros ataques catalépticos”. El burro mostró preocupación, como si de verdad le importara, y dijo: “debería hacer uso de su seguro médico y hacerse chequear, eso puede resultar peligroso”. Se retiró pensativo sin decir nada más. El pretexto que di estuvo un poco exagerado, pero la verdad es que el sueño me está jodiendo, no sé cómo evitar dormir tanto.

Mayo 7

Lo que me sucedió esta mañana me tiene un poco asustado, no sé el tiempo exacto en que transcurrió ni cuanto duró. Estaba soñando que me encontraba acostado en mi cama y de pronto sentí que algo me lamía la frente, abrí los ojos, de la pared, la cabeza de un cabro con largos cuernos y ojos inyectados en sangre sacaba su enorme lengua negra pasándomela en medio de las cejas. Di un brinco, embargado por el espanto, quedando sentado en la mitad de la cama. La imagen se disolvió en la nada, miré hacia atrás y sentía la presencia, pero esta ya había desaparecido. El corazón empezó a dolerme debido a la rapidez y la fuerza con que trabajaba. Reflexioné sobre el fenómeno y me tranquilicé pensando en que era una mala pasada, que la imaginación me ponía para despertarme temprano. Me levanté de la cama y me dirigí al lavamanos para enjugarme el rostro con agua fría y alejar así la somnolencia. De repente, levanté la mirada al espejo y el perturbador animal seguía posado en mi frente enseñando sus enormes dientes a manera de risa; las piernas se inmovilizaron dispuestas a abandonarme, el corazón se negaba a seguir su oficio, me faltó la respiración, sentí que desmayaba, caí al piso con el alma llena de

angustia. En el sin-sentido tuve una pesadilla: estaba dormido y el cabro apareció de nuevo en cuerpo completo, estaba sobre mí quieto y mirándome fijamente.

No me espanté, tenía la certeza de que estaba desmayado y que aquello era un simple fenómeno dentro del sueño. Traté primero de mover las manos, pero no obedecían a mi voluntad, las piernas tampoco, el animalejo apoyó todo su peso en mi vientre amenazando ahogarme. No voy a negarlo, el terror se apoderó de mí. Yo, que jamás fui temeroso ni creyente de supersticiones y cuentos de ultratumba, del diablo y sus payasadas, estaba al borde de la locura. El pavor y la desesperación me invadieron por completo, lamenté no ser cristiano y creer en dios con vehemencia. La lucha por la vida frente al carnero la vi inútil, me seguía oprimiendo el pecho cada vez con más y más fuerza, el aliento me abandonaba y pensé que iba a morir. Lo único que podía hacer era mover los ojos mirar el carnero, mirar las paredes, la cama que estaba a dos pasos, recorrer la ventana, tratar de ver el otro cuarto, volver al cabro otra vez. Esto lo hacía con el ánimo de convencerme de la “verdad” del sueño; pero ¡no!, todo era tan real, la misma ventana, las mismas paredes todo lo podía recorrer como de costumbre. Cuanto más trataba de convencerme de que solo era un letargo, el miedo me asestaba golpes más profundos aniquilándome moralmente. No seguí esforzando la voluntad para preservarme en la existencia. ¡Decidí morir! Es extraño, cuando desistí de la vida, el ánimo volvió al cuerpo. Cual perro sacudiéndose la lluvia, estremecí mi humanidad. Todo se disipó, recorrí con la vista todo el entorno como lo había hecho en el sueño; el usurpador se esfumó, pero la perspectiva de mi observación cambió, ¡estaba acostado en mi cama! Miré el reloj eran las seis y cuarenta, me levanté, me bañé y, a menos que esto sea un sueño, hoy fui a trabajar y estoy escribiendo lo que sucedió.

Mayo 14

No me estoy sintiendo bien, tengo una tristeza tan profunda que el llanto me acude a raudales en este momento. Vivo tan desarraigado del mundo, lamentablemente pobre y solo, todo me da vueltas, el miedo de no poder socorrerme de alguien en un momento de calamidad me asusta y no me deja en paz. No había sentido esta sensación antes pero, desde que tuve aquel sueño con el carnero me atormenta este pensamiento con mayor frecuencia. En sinceridad, cuando más pienso en mi condición, en lo desgraciado que soy, me dan ganas de echarme a dormir y dejarme morir. No veo algo provechoso en mi existencia, la rutina diaria, cual autómatas, la cumplo, ese maldito trabajo que solo me permite sobrevivir y no me deja morir pronto. Siempre lo mismo, esa angustia porque no me despidan, esa asquerosa sumisión a la voluntad ajena, esa insufrible sensación de estar siendo estafado; en fin, ese sentimiento de estar perdiendo la dignidad y el honor de modo tan humillante es lo que no me deja tranquilo. Desearía poder sacudir el yugo y pastar en mejores hierbas, pero no veo cómo; los demás me repugnan y les cargo un ahincado resentimiento y de cierto modo, temor. No me atrevería a confesar y confiar en alguien. Al parecer “mi reino no es de este mundo”. Y qué va a serlo, si quien no sueña con ser alguien y tener algo de entrada ya está muerto, según el decir popular. ¡Bah!, qué culada todo esto de soñar y de ser, yo sueño con ser nada.

En los días siguientes a estas líneas, seguramente Securías se fue desmoronando interiormente, pues interrumpió de manera abrupta sus escritos. Según cuentan los que le conocieron, el joven tenía alrededor de veintinueve años. Muy pocos sabían su nombre, solo tres personas: el jefe, el mensajero y la secretaria del jefe. Debía causarles poco interés o, quizá, su vida era tan reservada y

mezquina que pasó desapercibido. Algunos, al preguntarles por el joven, devolvían la pregunta, ¿quién es Securías? Otros, los más cercanos, solo respondían: “era un muchacho bastante extraño y... no sé nada más”, “por culpa de ese, el trabajo se nos atrasaba”, “llegaba constantemente tarde”, “saludaba difícilmente y todo el día andaba malhumorado”, “jamás irrespetó a alguien, era muy serio, sus palabras favoritas eran sí y no”, “al comienzo muchos trataron de vincularse a él, pero después de un tiempo se cansaron y se alejaron como si el muchacho empezara a heder”. El jefe contó que en los quince días siguientes al 14 de mayo, Securías había llegado cuatro veces tarde y que dos días dejó de asistir: “no lo despedí, pensando en su enfermedad”. Expresó que lo estaba perjudicando y que la verdad ya estaba cansado. Dijo, además, algo que me sorprendió sobremanera: “al parecer, Securías se quedaba dormido en su escritorio con los ojos abiertos porque, cuando le solicitaba algún trabajo que le encargaba con anterioridad, se indignaba, agregando que ya me lo había entregado, cuando en realidad no realizaba ningún movimiento”.

Nadie tenía la más mínima idea de la suerte que corrió Securías. Cuando esta mugrecita desapareció de sus retinas, todos se olvidaron de él, sintiendo un inexplicable alivio. Pero, no duró mucho en el olvido, ya que su historia fue conocida por todos provocando en los que le conocieron un remordimiento, que no los dejaría sentir alivio en la soledad.

Junio 5

En estos últimos días, las cosas no me han salido nada bien, estoy sufriendo una especie de ataque de sueño; cuanto más duermo, más es mi deseo por dormir. El problema está en que, cuando no quiero seguir, no me puedo despertar. La mente me engaña y me hace creer que he despertado; empiezo a hacer cosas que hago de

rutina como levantarme, atalajarme, salir al trabajo y trabajar, pero en realidad sigo cual oruga en su capullo. Hay momentos en que la lucha entre mi conciencia y el sueño es tan intensa que “despierto” innumerables veces sin conseguir salir del mismo sueño. El desespero se está apoderando de mí. He procurado reducir mi hora de sueño sin conseguir mejora alguna. Esta mañana, por ejemplo, desperté y degusté un succulento desayuno (huevos con tocineta, jugo de mandarina, café y un buen rollo de pan de ajo), salí para la oficina, todo era tan normal, es más, demasiado normal, tanto que no pude menos que sentirme feliz de que las cosas marcharan tan bien en este tiempo de angustia.

Llegué a la oficina y todos, muy amablemente, me saludaron y me invitaron a tomar el café en su compañía, cosa que nunca hacen. Me dirigí feliz, después de degustar el café y la charla, a mi escritorio. Empecé organizando los documentos de las empresas que empezaban con la letra A. A las once y media de la mañana, iba en la letra R. La alegría volvía a mi alma después de tanto tiempo añorada. Tenía atrasado este oficio hacía varios días y no era cosa fácil. Un principiante habría realizado la labor de esta mañana en tres días, como mínimo, y yo la tenía casi hecha en un tiempo admirable. El jefe, al ver mi misticismo y dedicación, me invitó a almorzar dándome una palmadita en la espalda y diciendo: “al fin nos ponemos en sintonía, ¿no Securías?”. “¡Sí, señor!”, respondí, “hoy es un día magnífico y el trabajo me ha rendido”.

Camino al restaurante nos fuimos echando chascarrillo, me hablaba de su magnífica esposa y sus preciosos hijos, yo le asentía con respeto y familiaridad. Mientras mi pensamiento me recriminaba lo equivocado que estaba, este venerable señor resultó ser toda una dulzura. En el restaurante, elegante por demás, me pasaron la carta y, al ver semejantes platillos, el apetito me hizo perder toda prudencia y finura: ordené una opípara bandeja paisa (fríjoles, arroz, chicharrón, chorizo, arepa, carne molida, huevo frito, aguacate).

Todos estos ingredientes se arremolinaban en mi cabeza con semejante ímpetu, que no puedo recordar de qué era que hablaba el jefe, ni qué cara hizo ante mi orden. Comí como nunca y con tanto agrado que el estómago se resintió un poco, no acostumbrado a cosas tan exóticas.

Regresamos al trabajo a las dos de la tarde, retomé mi tarea en la letra *R*. Cuando el reloj de la pared marcaba las cuatro y cincuenta, estaba organizando los oficios correspondientes a la letra *T* y me di cuenta de que el trabajo rinde más en las horas de la mañana. Empecé a sentir nervios de no poder terminar mi tarea este día, faltaban cinco para las cinco, la mayoría comenzó a despedirse, y yo hasta hora iba en la *V*. Empecé a quedarme solo, me angustié más, no sé por qué, ya no leía bien y sentía mi cerebro hecho una sopa; experimenté otra vez hambre, pero el bueno de mi jefe me dejó sobre el escritorio una caja de donas con una refrescante malteada. Empecé a comer como un loco, el estómago empezó a dolerme como si hubiese comido pedazos de vidrio y me estuvieran cortando. Miré el reloj, faltaban seis segundos para las seis. Cuando el segundero llegó a su fin, sonó el timbre, cerré los ojos y un vacío reemplazó mi alma. Abrí los ojos de nuevo, eran las nueve y quince de la mañana. Di un grito y el llanto se empozó en mi mirada. El jefe me sermoneó largo rato y me extendió la carta de despido. Salí corriendo, poseído por el pánico y la vergüenza, las risas y miradas me atormentan hasta este momento. No quiero despertar jamás, después de posarme en mi lecho, jamás quiero volver a soñar que despierto.

Junio 8

He hibernado por tres días con sus noches, ya no me preocupa el trabajo, pues no tengo, lo único que me inquieta es una leve debilidad, se apodera de mí, no puedo comer. He intentado con una

rebanada de pan, pero el estómago está resentido y, como el pan es un poco duro, se niega a recibir alimento. No es que sienta hambre, siento una sensación extraña, como si estuviera indigesto. Claro que en estos tres días he probado los platillos más succulentos, pollo en todas sus formas, espagueti, lasaña, estofado, carnes a diestra y siniestra. Una compañera de la oficina ha venido a visitarme, estuvimos hablando un buen rato y después nos dedicamos a un entretenido juego amoroso; nunca la había visto, pero es muy bonita y amable... Me siento muy cansado, me echaré un motosito...

El 11 de junio de 1987, Securías fue encontrado muerto en su cómoda y blanda cama. Su cuerpo estaba raquítico a causa de la inanición, tenía los ojos abiertos y los dientes gastados, muestra de un ruidoso bruxismo. Su rostro encarnaba facciones de espanto.

Fin

SEGUNDO PUESTO

El prisionero de un tambor andante

Manuel Enrique de León Willis
Docente de Teatro
Vicerrectoría de Desarrollo Humano
teatro@uniagustiniana.edu.co



El tambor se sentía viejo y cansado, olía la tierra de sus antepasados y pregonaba en susurro el ritmo de las voces suspendidas en su memoria; ahí estaba el tambor, solo y sin compañía.

Un día, cuando la luz se asomaba por las nubes blancas que después llaman al aguacero, al centro del pueblo llegó un forastero que ahuyentaba a los goleros y enamoraba a las maríamulatas. Los pobladores no sabían si este hombre, venía de la sabana a orillas del Sinú, de la playa caótica y dragada, o de los cerros fríos del silencioso amanecer y del crepúsculo que se acerca; no, no sabían de dónde venía, solo sabían que estaba ahí, mirando cada piedra y cada hoja. Dámaso, un humilde poblador, salió a su recibimiento, y el forastero quedó encantado con cada palabra y frase del humilde poblador, que no hablaba, más bien, cantaba a la cadencia de un diálogo. Con ganas de conocer más el pequeño pueblo, se dispuso a subir una loma desde donde se podía apreciar en lo alto, y quedó tan embriagado de admiración por este hermoso lugar, que se dirigió hacia un arroyo de aguas cristalinas. Nadó como un niño, escaló por una pequeña piedra en la que brotaba una cascada y, desde ahí, se lanzó como una flecha directa al corazón de su enemigo.

Los pobladores reían, se dejaron contagiar de la alegría del forastero y decidieron, también, lanzarse al arroyo; todos, nadaron tanto, que se confundieron con un cardumen de bocachicos y mojarras lora.

Resulta que, después de dos días intensos de zambullirse en el arroyo, y cuando ya caía la noche, el forastero caminaba por las calles sin un rumbo fijo, pero vio una casita abandonada que le llamó la atención y se acercó a ella. La humilde casa tenía en la fachada restos de pintura, como si alguien le hubiera dado un brochazo sin intención de embellecerla. Abrió la puerta suavemente y entró a la casita, que resonaba con cada pisada. El suelo era rojo, una especie de plantilla de cemento bien hecha; las paredes eran de barro, que registraban un mapa de grietas sin fin; y el techo de palma seca, que